

Carta de Argentina.

Una redefinición del kirchnerismo

Juan José Sebreli

¿Es acaso Kirchner justicialista como se lo reconoce oficialmente o de centro izquierda tal cual pretenden muchos de sus seguidores, populistas como dicen algunos adversarios, monárquico según ironizan otros, capitalista salvaje de acuerdo con los piqueteros trotskistas o anticapitalista como sostienen los ultraliberales, fascista conforme a las denuncias de la diputada Carrió o pragmático, ni de izquierda ni de derecha, como le confesó el mismo Kirchner a Alain Touraine? ¿Es una táctica de kirchnerismo ocultarse tras una figura enigmática o la oscuridad es simplemente un signo de su total falta de rumbo?

Para responder a estas preguntas es necesario redefinir conceptos políticos, de izquierda y derecha, de socialismo y liberalismo, de populismo y fascismo, usados en un modo tan liviano por los políticos y comunicadores que se prestan a equívocos y confusiones. Hay que remitir los términos políticos a su acepción originaria, no por pedantería académica ni por fundamentalismos, sino para confrontarlos con la significación que hoy se les da, señalar hasta qué punto las transformaciones los han cambiado y comprobar si sigue siendo válida su aplicación a fenómenos actuales.

Comencemos por el término de izquierda. Considerada en su acepción clásica –socialización de los medios de producción y supresión de las clases sociales–, finalizó su ciclo histórico con la derrota de la revolución alemana en 1919, tal como lo vio lúcidamente Lenin, que dio en su país un giro hacia el capitalismo con la Nueva Política Económica (NEP) y estuvo a punto de convertirse en un Den Xiao Pin antes de tiempo. Su muerte prematura interrumpió ese proceso dando origen al totalitarismo estalinista –lejos del capitalismo como del socialismo– pero que, por un fabuloso fraude histórico, siguió respetado por la izquierda hasta la autodisolución de la Unión Soviética.

Desde entonces –con excepción de la múltiples sectas de izquierda o de algunos escritores o profesores y estudiantes de humanidades sin

reales posibilidades de acción—, sólo queda en el espectro político de izquierda la socialdemocracia a la manera europea. Pero ésta ya no es socialista en el sentido estricto puesto que, a partir de la reconstrucción en la posguerra de la Internacional Socialista, se renunció a la lucha de clases y se relativizó la socialización transformándose, de este modo, en la forma más avanzada del liberalismo de izquierda.

Ese tipo de centroizquierda moderna, democrática y racional, no existe en la Argentina —su último representante fue el Partido Socialista justista, desaparecido con el surgimiento del peronismo. Ahora, con los gobiernos de Lagos en Chile, Lula en Brasil y Tabaré Vázquez en Uruguay, pareciera que se está gestando en América Latina algo similar a la socialdemocracia. En nuestro país, en cambio, Kirchner se siente más lejos de éstos que de Chávez y se sigue llamando izquierda, o socialdemocracia, a esa mezcla rara de izquierda y derecha llamada populismo.

¿Qué es el populismo? Algunos analistas políticos —generalmente populistas que no osan dar su nombre— se molestan por el uso y abuso de ese término. El concepto de populismo fue introducido por sociólogos como Gino Germani y —antes de corresponderle a él mismo las generales de la ley— por Torcuato Di Tella.

Extrapolado de una particularidad campesina rusa del siglo XIX, se los aplicó a formas políticas *sui generis* que se dieron en las sociedades periféricas —en la Argentina peronista— hacia mediados del siglo XX.

Ante una sociedad y un mundo que han cambiado tanto desde aquel populismo, el intento actual de revivirlo se ha dado en llamar neopopulismo. En ese caso, como en el de la izquierda, hay que ver hasta dónde las transformaciones son tan profundas que, aun con el agregado del prefijo, pueden seguir hablándose de populismo.

En término es bastante ambiguo; antes que un sistema político o económico específico, se refiere a un fenómeno cultural: la defensa de la «cultura nacional» basada en el mito del «ser nacional» frente a la invasión del imperialismo, término hoy levemente reciclado por el de «imperio». Por su discurso y sus símbolos —aunque no siempre por sus acciones—, Kirchner podría ser llamado populista.

Pero los populismos históricos no fueron políticamente neutros, si no adversarios de las democracias por ser las formas características del «eurocentrismo» o del «norteamericanismo», y se inclinaron al fascismo —todo fascismo tiene un rasgo populista— o al estalinismo. Los úni-

cos populismos hoy existentes en América latina son el de Castro, último sobreviviente del estalinismo, y el de Chávez, resabio del viejo caudillismo militar. Es demasiado pronto para predecir si Evo Morales se transformará en una nueva forma exótica de populismo con regreso a una Arcadia primitiva, según la prédica de su ministro de Relaciones Exteriores.

Algún analista sofisticado puede apelar para este tipo de régimen al término histórico de bonapartismo, cuya característica es el equilibrio inestable entre intereses –y sentimientos– diversos y a veces opuestos. Una definición que dio Marx del líder bonapartista le cuadra a Kirchner: «No es nadie y por eso puede representarlos a todos».

Algunos métodos bonapartistas aparecen en el kirchnerismo: liderazgo autoritario y personalista, subordinación del Congreso y del Poder Judicial, sustitución del sistema de partidos por el movimientismo: la transversalidad, el Frente para la Victoria y hasta los borocotazos son esbozos de esta tendencia. En cambio, no se dan otros elementos típicos del bonapartismo –apoyo en instituciones tradicionales como el Ejército la Iglesia y la Policía– sino todo lo contrario. Puede hablarse, tal vez, de un semibonapartismo, más adecuado a la ambigüedad y las vacilaciones de la pareja gobernante.

No debe olvidarse, por otra parte, que el bonapartismo es una forma de fascismo moderado, un conservadorismo reformista, y el fascismo un bonapartismo exacerbado, una revolución de derecha. ¿Hay posibilidades de que el semibonapartismo kirchneriano se transforme en semifascismo, a la manera de Chávez?

Por el momento, faltan algunos elementos ineludibles: la libertad de expresión, aunque retaceada, sigue existiendo e igualmente la pluraridad de partidos, aunque ésta se mantenga, en buena parte, por la debilidad extrema de la oposición. Faltan asimismo los aspectos que dan su color especial al fascismo y lo diferencian del autoritarismo tradicional; éstos son la prescindencia de toda intermediación institucional, la relación directa del líder carismático con las masas y la movilización permanente de éstas.

La utilización de algunos sectores piqueteros y sindicales o gente arrastrada por los intendentes, la probable convocatoria para la Plaza de Sí –donde presumiblemente Kirchner saldrá, por primera vez, al balcón– pueden ser un germen de movilización de masas. La propuesta de designar un barrio con el nombre de Kirchner, el principio del culto a la personalidad. Pero de todos modos, hasta ahora, el apoyo al

Gobierno no pasa de una primera minoría, y aun entre sus adeptos, se trata más bien de un cálculo de intereses: para la clase media, un pragmatismo basado en la relativa tranquilidad económica; para las clases populares, la dádiva del «clientelismo». Kirchner, además, no es demasiado carismático y no suscita la pasión ni el fanatismo. No se conocen fascismos ni populismos fríos.